



## 2. CONTEMPLACIÓN DE MARÍA COMO DISCÍPULA

Hno. Ismar Portilla



Si ya el título de “primera cristiana” atribuido a María, podía sonar extraño a los oídos de una mariología preconiliar, mucho más extraño resulta el de “discípula”. ¿No es María la madre?: ¿cómo va a ser, al mismo tiempo, madre y discípula? Y, sin embargo, sabemos que los títulos de “cristiana” y “discípula” van forzosamente emparentados. “Ser cristiano es ser discípulo de Cristo”, enseñaba el viejo catecismo, y María lo tuvo que ser, lo fue verdaderamente. Pablo VI la llamó “la primera y la más perfecta discípula de Cristo”, razón por la que, decía, siempre ha sido propuesta a la imitación de los fieles<sup>1</sup>.

Con este título se nos abre una nueva perspectiva desde la que acceder a la contemplación de María. Para entrar por ella, no necesitamos salirnos del camino bíblico que estamos recorriendo porque, si en algo son acordes los evangelios al presentarnos a María, es en mostrárnosla, precisamente, como discípula. Prosigamos, pues, la senda ya emprendida en la contemplación anterior y dejémonos guiar por la Palabra de Dios. Contemplando alternativamente a los discípulos y a María, veamos de qué modo se van definiendo en ella los dos rasgos esenciales que definen al discípulo: la respuesta obediente a la llamada y el seguimiento de Jesús.

### 2.1. La respuesta obediente a la llamada.

El discípulo de Jesús no lo es por iniciativa propia sino en respuesta a una llamada (cf. Jn 15, 16). Todo empieza por iniciativa del Señor, que es quien llama, y todo sigue si encuentra plena disponibilidad en el llamado. Así ocurrió con los primeros discípulos: él los llamó y, “dejándolo todo”, lo siguieron. También fue así en el caso de María. Podemos considerar el relato de la Anunciación como el de su vocación<sup>2</sup> y su respuesta de fe, de la que ya hemos hablado, como expresión de su entera disponibilidad.

Ahora bien, la llamada del Señor al discípulo conlleva siempre una misión. El Señor llama para algo; llama y envía al mismo tiempo; vocación y misión son inseparables. Lo fueron en el Antiguo Testamento y también lo son en el Nuevo: “venid conmigo y *os haré pescadores de hombres*” (Mc 1, 17 y par.). La respuesta de total disponibilidad por parte del discípulo, lleva implícita, por consiguiente, la obediencia a esa misión. Su sí no es sólo un sí al Señor que llama sino también un sí a aquello para lo que llama. Pero ocurre que el discípulo, cuando, “dejándolo todo”, se pone en camino, no conoce en realidad aquello a lo que el Señor llama. ¿Qué es eso de “pescar hombres”? Puede imaginárselo a su manera, según sus propios criterios o expectativas, pero no sabe lo que es. Y eso, ¿por qué? Pues sencillamente, porque no conoce a Jesús todavía ni a dónde le conduce ese seguimiento ni, por lo tanto, qué es eso del Reino... Lo irá descubriendo poco a poco, guiado por un Jesús que se preocupa de instruirle. Él es el Maestro. El discípulo es, por definición, un “aprendiz”. Por eso, en el evangelio, el seguimiento precede a la misión. “Venid conmigo” está en presente; “os haré pescadores de hombres”, en futuro. Marcos expresa muy bien los dos momentos: “instituyó doce para que *estuvieran con él* y para *enviarlos a predicar*” (Mc 3, 14). Así pues, al discípulo no le basta con el sí inicial a la llamada; necesita también un sí-obediencia continuado y renovado constantemente, con entera fidelidad, en el seguimiento del Señor. Sólo así

<sup>1</sup> *Marialis cultus*, n. 35. Como veremos más adelante, también Juan Pablo II le da este título en *Redemptoris Mater* (cf. n. 20).

<sup>2</sup> En su estructura, este pasaje no se parece a los relatos de la llamada de Jesús a los discípulos pero es muy similar a otros relatos de vocación en el Antiguo Testamento. Con todo, tiene su peculiaridad propia que le hace difícilmente clasificable. Cuando recorremos la enorme colección de comentarios exegéticos que se han escrito sobre él, vemos que, según su género literario, algunos lo clasifican también entre los relatos de anuncio de un nacimiento y otros, incluso, entre los de alianza.

llegará finalmente a descubrir y aceptar aquella misión implícita en su vocación. Se trata, por lo tanto, de un sí en camino, de una fe-obediencia “en peregrinación”.

De la contemplación del discípulo, pasamos ahora a la de María. A primera vista, si proyectamos sobre la figura que tenemos de María estas consideraciones en torno al discipulado, no nos encajan en ella. Nos parece que la fe y la misión de María se manifiestan de modo pleno desde el momento en que ella pronuncia su *fiat* a Dios ante el ángel y no necesitan de ningún proceso de desarrollo. ¿No era su misión ser madre y no se realiza, acaso, plenamente desde el primer momento de su sí, modelo y paradigma de todos los síes que puedan darse a Dios? Además, los discípulos no sabían quién era Jesús cuando empezaron a caminar tras él pero María sí lo sabía. No vemos que la fe de María tenga necesidad de ningún proceso de “aprendizaje”, no nos encaja en la imagen de María ese carácter de “ignorante” con el que se nos presenta el discípulo de Jesús en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, si de la mano del mismo Lucas, salimos del tríptico mariano en el que hemos detenido nuestra contemplación hasta ahora, y continuamos contemplando los cuadros que siguen en la galería que él nos ha pintado como pórtico de se evangelio, las cosas cambian. En ellos vemos a una María en camino: de Nazaret a Belén, de Belén al Templo de Jerusalén, del Templo de Jerusalén a Nazaret, de Nazaret, de nuevo, al Templo, ida y vuelta... Ahora bien, no es ella quien traza la ruta. En ese camino y en los acontecimientos que lo jalonan, ella no es la protagonista. Dejó de serlo desde que salimos del tríptico de la Anunciación-Visitación-Magnificat. El protagonista, desde aquel momento, es el Hijo. El camino es el del Hijo. Él va recorriéndolo en obediencia al Padre, que, como decíamos, es el “conductor en la sombra”. María lo recorre también, pero detrás del Hijo, en su seguimiento, y, por lo tanto, como auténtica discípula, “aprendiz” de lo que ese seguimiento le va revelando. Lucas dibuja admirablemente el “aprendizaje” de María como discípula cuando la presenta “sorprendida” (2, 48), “admirada” (2, 33) o perpleja (2, 50) ante lo que iba aconteciendo, incluso dejándose reprochar por el Hijo su ignorancia (Lc 2, 49), “guardándolo todo en su corazón” (2, 19.51). Al mostrarla así, se está dirigiendo a los cristianos de su comunidad para decirles esta vez: “Miradla y comprenderéis lo que estáis viviendo vosotros mismos como discípulos. Ella nos ha precedido en el camino del seguimiento de Jesús hasta llegar a la misma experiencia pascual, la de su abajamiento total (Nacimiento en Belén) y posterior recuperación ‘en la casa del Padre’.” Si María es, pues, discípula, su fe-obediencia es una fe-obediencia en camino, en proceso de ahondamiento y desarrollo; su misión, su lugar en el plan de Dios, su puesto en el Reino, algo que irá descubriendo al filo de ese proceso. Sí, María tiene que aprender quién es su Hijo y, con él, quién es en definitiva ella en el plan de Dios.

En efecto, el conocimiento singular de Jesús como Hijo de Dios, al que accedió desde su *fiat* inicial por medio de la vivencia de su propia maternidad no era un conocimiento pleno, no le eximió de la necesidad de mirarlo con los ojos de la fe. A pesar de su experiencia, espiritual y física, de la acción del Espíritu en el origen mismo de la humanidad de Jesús, el misterio escondido en esa humanidad y que el Padre quería revelar a través de ella, sólo le era accesible por la fe. Jesús, en cuanto hombre, le estuvo confiado en su gestación y desarrollo, pero el misterio que el Padre quería revelar a través de aquél que ella había engendrado y criado, le estaba humanamente velado; lo tuvo que ir descubriendo por la fe, al filo de los acontecimientos de la vida de Jesús. Comentando los pasajes del evangelio de Lucas a los que antes hemos aludido, Juan Pablo II dice: “No es difícil, pues, notar en este inicio *una particular fatiga del corazón*, unida a una especie de “noche de la fe” – usando una expresión de San Juan de la Cruz -, como un “velo” a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en intimidad con el misterio. (...) Jesús tenía conciencia de que ‘nadie conoce bien al Hijo sino el Padre’ (cf. Mt 11, 27), tanto que aun aquella a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del Hijo bajo un mismo techo y manteniendo fielmente la unión con su Hijo, ‘avanzaba en la peregrinación de la fe’, como subraya el Concilio.”<sup>3</sup> Ese “avanzar en la peregrinación de la fe” supone, por lo tanto, que la fe que María vive y expresa en la Anunciación no es el culmen sino “el punto de partida de donde inicia todo su camino hacia Dios”<sup>4</sup>. ¿Cómo hará ese camino? Ya nos lo ha hecho ver Lucas: como todo discípulo, siguiendo a Jesús.

<sup>3</sup> *Redemptoris Mater*, n. 17. (Cf. LG n. 58)

<sup>4</sup> *Id.*, n. 14.

## 2.2. El seguimiento de Jesús.

Hemos visto que el seguimiento de Jesús por parte del discípulo es, en definitiva, un proceso de “aprendizaje”, de formación. A través del desarrollo de los acontecimientos de su vida, Jesús va desvelándose a sí mismo a los que le siguen, desvelando así lo que es la venida del Reino y, por consiguiente, la misión a la que son llamados. Hablar, pues, del seguimiento de Jesús por parte de María es contemplarla conducida por la mano pedagógica del Hijo<sup>5</sup>, ahora el Maestro, hasta llevarla a descubrir lo que realmente eran, en los planes de Dios, aquel trono y aquel reinado sin fin que el ángel le había prometido para él<sup>6</sup>, y con ese descubrimiento, acabar comprendiendo a qué misión le había llamado, en definitiva, el Padre, con aquel mensaje del ángel en la Anunciación<sup>7</sup>.

El primer y gran paso que María tuvo que dar en el seguimiento de Jesús fue, justamente, el de pasar de madre a discípula, de una relación madre-hijo “según la carne” a una relación creyente-Señor según la fe. Aunque María sea la madre, la vida de Jesús está conducida por el Padre. Ella es la madre carnal de Jesús pero Jesús no se comporta “según la carne”. Jesús no recibe de ella su misión, sino del Padre. Aquello que Jesús hace no está dictado por el hecho de ser el hijo de María sino porque es el Hijo del Padre. Y si Jesús no se conduce movido por su relación filial con María, tampoco ella podrá seguirlo y descubrirlo guiada por su instinto maternal sino, como una discípula, por la fe. Ya en una ocasión se le despistó en el camino, lo buscó como madre, y como madre le reprochó que le hubiera hecho aquello, pero la respuesta de Jesús fue otro reproche: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (cf. Lc 41-50). En el fondo, es como si les estuviera diciendo: “Os queda mucho por descubrir de las cosas del Padre. Ha llegado el momento de que dejéis de buscarme como padres, me sigáis como discípulos, y yo os las mostraré”.

Todos los que son padres o madres, cuando leen esta respuesta de Jesús en el evangelio la ven ofensiva y se indignan: “¿Es ésta la manera de “honrar padre y madre” que corresponde a un buen hijo después del “disgusto” que les ha causado?” Quizás se indignara también María y se sintiera ofendida en su maternidad, tan preciada y tan sagrada para ella, pues no en vano era regalo del mismo Dios. Pero no lo sabemos porque el evangelio no dice nada de su reacción inmediata. Sólo sabemos que, tanto ella como José, “no entendieron la respuesta” (v. 50). Hasta ahí, pues, como cualquier madre. Pero estamos seguros de que, más allá del dolor que estas palabras de Jesús le produjeran, “las meditaría en su corazón” hasta descubrir lo que con ellas le estaba

<sup>5</sup> Es en este sentido, y no en el que tiene en los Doce o en el resto de los discípulos que “siguieron a Jesús” durante su vida pública, como podemos hablar del “seguimiento” de Jesús por parte de María. María no aparece en los evangelios formando parte de este grupo de seguidores.

<sup>6</sup> “Crear quiere decir abandonarse en la verdad misma de la palabra de Dios viviente, sabiendo y reconociendo humildemente ‘¡cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!’. María, que por la eterna voluntad del Altísimo, se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos ‘inescrutables caminos’ y de los ‘insondables designios’ de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino. María, cuando en la Anunciación siente hablar del Hijo del que será madre y al que pondrá por nombre ‘Jesús’ (Salvador), llega a conocer también que a él mismo ‘el Señor Dios le dará el trono de David, su padre’ y que ‘reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin’. En esta dirección se encaminaba la esperanza de todo el pueblo de Israel... María ha crecido en medio de esta expectativa de su pueblo... Aunque por medio de la fe se haya sentido en aquel instante Madre del ‘Mesías-rey’, sin embargo responde: ‘He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra’. Desde el primer momento, María profesa sobre todo la obediencia de la fe, abandonándose al significado que a las palabras de la Anunciación daba aquél del cual provenían: Dios mismo.” (*Redemptoris Mater*, nn. 14-15)

<sup>7</sup> “A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre se abría cada vez más a aquella ‘novedad’ de la maternidad, que debía constituir su ‘papel’ junto al Hijo... María madre se convertía así, en cierto sentido, en la primera ‘discípula’ de su Hijo, la primera a la cual parecía decir ‘sigueme’, antes incluso de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona. (*Redemptoris Mater*, n. 20)

pidiendo subliminalmente el Hijo: que en la relación con él, diera el paso de la relación de autoridad madre-hijo, legítima según el orden natural, a la relación discípula-Señor, que es la que corresponde en el orden de la fe. No entendió pero obedeció, dando un paso más en el camino de su fe-obediencia, por fe, por la fe inquebrantable en que ese hijo es el Señor.

El mensaje de fondo de este episodio evangélico de la pérdida y el reencuentro de Jesús en el Templo, que con tanta claridad nos revela la profunda ruptura, el gran salto de fe al que Jesús condujo a María, tiene un paralelismo casi perfecto con el mensaje de otro episodio, el de la búsqueda de Jesús por parte de sus parientes, entre los que se encuentra María, durante la vida pública. Lo narra Marcos y, con él, Mateo y Lucas, aunque con interesantes retoques propios, que no viene al caso considerar ahora. Recordemos lo que nos dice Marcos: Jesús acaba de elegir a los Doce (3, 13-19) y está con ellos “en casa”, asediado por una muchedumbre, que no les deja ni comer (3, 20). Sus parientes, al enterarse de todo esto, lo toman por loco y van a “hacerse cargo de él” (3, 21). Los escribas le acusan de estar poseído (3, 22). Él llama a estos últimos para replicarles, haciéndoles ver lo absurdo de su acusación y advirtiéndoles del pecado imperdonable que es “la blasfemia contra el Espíritu” (3, 23-30). A continuación, “llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera (*el detalle es digno de tenerse en cuenta*), le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ‘¡Oye!, tu madre y tus hermanos están fuera (*otra vez se subraya este hecho*) y te buscan’. Él les responde: ‘¿Quién es mi madre y mis hermanos?’ Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre’.” (3, 31-35)

Hay muchos elementos de esta narración que nos hacen pensar en el paralelismo con el episodio de la pérdida y reencuentro de Jesús en el Templo. En ambos episodios: 1º Jesús no se encuentra con su familia carnal sino en otra “casa”; 2º se produce una búsqueda del él por parte de su madre y, en este caso, sus hermanos. Lo novedoso de este nuevo episodio con relación a aquél, es que la “casa del Padre” es aquí “la casa” de la nueva familia de Jesús, que son los discípulos, aquellos que le siguen y están unidos a él porque, como creyentes, buscan y cumplen la voluntad de Dios. No obstante, el mensaje es el mismo. La verdadera relación con Jesús no es la que viene de la carne y de la sangre sino de la fe. La relación desde el ascendiente que da el parentesco carnal invierte los términos ya que es una relación de dominio. Sus parientes llegan para llevárselo, para “hacerse cargo de él” (v. 21), y “lo mandan llamar” (v. 31). Efectivamente, buscar así a Jesús es “quedarse fuera”. Si quieren “estar dentro”, tienen que invertir la relación: dejarse llamar por Jesús, permitir que Jesús se haga cargo de ellos, que sea él quien los lleve. Tienen que dar el salto al discipulado, a seguirle como el Maestro que, a través de la comunión con él en los acontecimientos de su vida, conduce al conocimiento de la voluntad de Dios, de sus designios. Sorprendente y asombroso, pero verdaderamente luminoso el sentido profundo de este episodio: María y los hermanos de Jesús son llamados por él al discipulado. Ahora empezamos a comprender con luz nueva y a admirar profundamente la fe de María. Ahora, esa fe de María, que estábamos tentados de creer ya plenamente manifestada en la Anunciación, empieza a manifestarse como una fe en camino y empieza a engrandecerse a nuestros ojos, al tiempo que la comprendemos más cercana porque nos sentimos en sintonía con su experiencia desde la nuestra. Ahora la vemos como discípula con nosotros, discípulos.

Pero no hemos hecho más que empezar. Si bien estos pasajes de los sinópticos nos han abierto el camino a la contemplación de María como discípula, es Juan quien nos conduce hasta el final de ese camino. Los sinópticos nos han mostrado lo que podríamos llamar “el punto de partida”, la puerta que María tuvo que atravesar - y por su fe-obediencia atravesó - para pasar de madre a discípula y, de esta manera, entrar por el camino del seguimiento de Jesús. Pero es Juan quien nos lleva hasta el punto de llegada al que Jesús la condujo. Allí nos la muestra, al final del camino, para que podamos contemplarla en la plenitud de su fe-obediencia y de su misión, para que, por fin, descubramos quién es y cuál es su función en el plan salvífico de Dios. El momento es solemne. Ha llegado la hora en la que Jesús pasa integral y definitivamente al Padre (Jn 13, 1), la hora de la manifestación plena del señorío de Jesús, la hora del Reino. El “paso” se produce en la cruz<sup>8</sup>. “El Verbo se había hecho carne” para “habitar entre nosotros” (Jn 1, 14) como uno de nosotros. Ahora, deja este mundo, y,

<sup>8</sup> Sabido es que, para Juan, la cruz, lugar del “paso al Padre”, es el trono del Reino (Jn 19, 17-22). Desde él, la humanidad de Jesús, llegada a su consumación, “entrega el espíritu” (Jn 19, 30) y se abre en fuente de vida, de la que mana la sangre y el agua (Jn 19, 34) de la vida eterna (cf. Jn 4, 13-14; 6, 53-58).

muriendo, queda abandonado todo él en las manos del Padre. Hasta ese momento final, en el que muere sacrificada su humanidad, ha conducido tras de sí a su madre, de quien la había recibido. Ella lo había engendrado, le había abierto la puerta de la encarnación. Discípula obediente y fiel, se ha dejado conducir por él y “está allí, junto a la cruz” (Jn 19, 25). Y allí, acompañando al hijo en su muerte, consume el desprendimiento de su relación maternal “según la carne”. Ya no cabe aproximarse al Hijo desde ahí. El Hijo, el signo de Dios en su vida, lo que Dios mismo había hecho en ella y con ella, muere. Sólo queda la fe, el silencio de la fe pura y desnuda, una fe que ahora se manifiesta ya total, plena, totalmente identificada con la voluntad del Padre; una fe que, por ello, pasará a ser paradigmática para todo creyente, como lo fue la fe de Abrahán, dispuesto a sacrificar al hijo de la promesa, que Dios mismo le había dado (Gn 22, 1-19).

Conduciéndola hasta esa fe, podemos decir que Jesús ha culminado en ella su obra y ha logrado lo que no había logrado con ninguno de sus discípulos: la plena comunión con él. Con María, y sólo con María, pudo llegar a decir “con un solo corazón y una sola alma”: “Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya”. Los demás discípulos no fueron capaces de llegar hasta ese punto en aquella “hora”. Llegado el momento culminante huyeron, se dispersaron y no estaban “junto a la cruz”. Desde la cruz, Jesús piensa en ellos. ¡Cuánto camino les queda aún por recorrer como discípulos en el camino de la fe!, pues no los ve allí. ¿Quién les enseñará a abrirse por la fe al Espíritu que él va a expirar desde la cruz (Jn 19, 30) y que les seguirá conduciendo en su camino (Jn 16, 12-15)? Allí no están ahora sus discípulos. Allí sólo “ve” a su madre. Pero, de pronto, “ve” también “junto a ella al discípulo a quien ama” (Jn 19, 26)<sup>9</sup>. Entonces, “dice a su madre: ‘Mujer, ahí tienes a tu hijo’. Luego dice al discípulo: ‘Ahí tienes a tu madre’. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.”<sup>10</sup> (Jn 19, 26-27). Al culminar el camino de seguimiento de Jesús, María no sólo culmina su “peregrinación de la fe” sino que descubre y recibe de labios del Señor el sentido último de la misión maternal a la que el Padre le había llamado y ella se había entregado desde el principio. Con este cuadro magnífico, cumbre de la contemplación de María en el Nuevo Testamento, hemos llegado también a la cumbre de su contemplación hasta descubrirla como “la madre del discípulo a quien Jesús ama”.<sup>11</sup>

En realidad, hemos llegado ya al final de nuestro camino en la contemplación de María como discípula, pero ya que estamos aquí, no nos vayamos sin contemplarla en “en acción” en esa misión que el Hijo le ha revelado y ella ha abrazado. Para ello, Juan nos invita a contemplarla en otro cuadro magnífico: el signo de las bodas de Caná (Jn 2, 1-12). Puede que a alguno le resulte extraño que “retrocedamos” en el orden en que aparece el cuarto evangelio, pero es lo que hay que hacer. En cierto modo, el evangelio de Juan es un evangelio que hay que leer al revés, de atrás hacia delante. En sus doce primeros capítulos, el Jesús que habla y actúa es más el Señor resucitado que el Jesús de Nazaret. Sus milagros, pocos y muy bien escogidos, son contemplados como “signos” de los nuevos tiempos, abiertos por la Pascua del Señor. Y entre ellos, mejor dicho, “el primero de ellos”, como el mismo evangelista subraya, encontramos el “signo” de las bodas de Caná.

<sup>9</sup> Siempre me ha parecido que la iconografía, colocando a María y a Juan a ambos lados de la cruz, traiciona un poco el cuadro que describe Juan con mucho cuidado. El evangelista nos da la lista de los que “estaban junto a la cruz” en el v.25. En esa lista, encabezada por “la madre de Jesús”, sólo hay mujeres: ningún discípulo. Está claro que el narrador “no ve” al discípulo amado junto a la cruz. Su entrada en escena se produce cuando nos dice que Jesús lo “ve” “junto a su madre”. Estos detalles son profundamente significativos. El iconógrafo con su simetría geométrica, mata la asimetría de presencias (“junto a la cruz”, “junto a su madre”) que tan magistralmente nos hace ver el texto evangélico.

<sup>10</sup> Los exégetas comentan que la expresión griega que traducimos por “la acogió en su casa” no tiene el sentido de dar cobijo hospitalario sino que quiere decir, más bien, que la acogió como algo verdaderamente suyo. Es la acogida de un don, de un verdadero regalo del Reino, que, desde el “trono”, el mismo Jesús otorga al discípulo.

<sup>11</sup> Si antes hemos aludido al episodio del sacrificio de Isaac para poner en paralelo la fe de Abrahán y de la de María, podemos ahora volver a aquel mismo episodio para captar otro paralelismo, esta vez de contraste. Dios devolvió a Abrahán el hijo ofrecido por fe, y el hijo se convertiría en la semilla del “linaje de Abrahán”. Dios “se tomó”, sin embargo, el Hijo que María también le ofreció por fe, transformó su humanidad entregada en fuente y alimento de vida eterna, y “se lo devolvió”, así transformado, en una multitud de hermanos: los que por la fe acogen la vida que brota de su nueva humanidad. “Esa ‘nueva maternidad de María’, engendrada por la fe, es fruto del ‘nuevo’ amor que maduró en ella definitivamente junto a la cruz, por medio de su participación en el amor redentor del Hijo” (*Redemptoris Mater*, n. 23)

Acontecido “al tercer día” (v. 1), una vez concluido el tiempo de la constitución del grupo de los discípulos (Jn 1, 35-51), es signo, de lo que acontecería aquel otro “tercer día”, en el que comenzaría el tiempo de la Iglesia. El cuadro que pinta Juan es un díptico. En realidad son dos cuadros pegados. El primero es patético: se nos presenta una boda en la que estaba “la madre de Jesús” (v. 1); Jesús y sus discípulos aparecen como invitados (v.2); la boda cae en un profundo fracaso: falta el vino, no porque no lo haya habido nunca sino porque “se ha acabado” (v. 2); la cosa sólo parece inquietar a “la madre de Jesús”, única persona que habla de esto, comunicándose a su hijo: “No tienen vino” (v. 3); Jesús le responde: “¿Qué hay entre tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora” (v 4). La escena es triste y acaba en expectación de esa “hora” que todavía no ha llegado.

El segundo cuadro, literalmente pegado al primero, es muy distinto: luminoso, sorprendente. Se trata de la misma boda pero ahora todo es distinto: el agua vertida en unas tinajas, que estaban allí para la purificación ritual, se convierte en vino de fiesta; la boda frustrada, en la que al novio se le había acabado el vino sin que se diera cuenta, se transforma en auténtica boda porque ha llegado otro “novio”, el verdadero (cf. Jn 3, 28-30), que es capaz de proporcionar sobreabundantemente el mejor vino; nadie lo conocía como tal, pero su madre lo ha señalado con el dedo “a los sirvientes” y les ha dicho: “haced lo que él os diga” (2, 5); guiados por esta indicación, le han obedecido, han cumplido plenamente, “hasta arriba”, su palabra y lo han descubierto; por la fe-obediencia que la madre ha provocado en ellos, ha sido posible el milagro y ellos se han convertido en testigos, no sólo del prodigio sino de aquél cuya palabra obedecida lo causa; los demás lo ignoran pero ellos sí saben **de dónde** sale aquel vino que sorprende a los comensales: “es el Señor”, como diría el discípulo amado cuando aquel gesto de obediencia pura al “desconocido” que les mandaba desde la orilla del lago, transformó la pesca estéril en fecunda, con fecundidad sobreabundante (Jn 21, 4-7). Está claro: **ya ha llegado la “hora”** misteriosa con cuya expectación se cerraba el primer cuadro. Y el resultado de todo ello es la fe en Jesús. La fe-obediencia conduce a la fe-reconocimiento. “Y así, en Caná de Galilea dio comienzo Jesús a sus señales y **creyeron en él sus discípulos**”, concluye el evangelista (v. 11).

En los dos cuadros, María juega un papel importante. Si seguimos paso a paso, con detenimiento, sus movimientos y sus palabras, nos damos cuenta de que, a través de ellos, de forma magistral, el evangelista nos conduce a la comprensión tanto del sentido de la misión maternal de cara al discípulo, que ella recibió en la cruz, como el camino de fe que ella misma siguió hasta llegar ahí. En el primer cuadro, cuando Jesús y sus discípulos llegan, estaba ya en la boda, signo evidente de un Israel que se ha tornado estéril, como el Zacarías de Lucas. Partícipe de su frustración y consciente de ella, presenta a Jesús su penuria. La respuesta de Jesús es del género de aquellas respuestas ya oídas en otros pasajes de los sinópticos, y encierra este mensaje: “Mi misión no viene convocada ni conducida por la relación madre-hijo que nos une: ‘la hora’ la marca el Padre.”<sup>12</sup> La intención es la misma: invitar a María a que dé aquel salto del que ya hemos hablado, de su relación de madre a una relación de discípula.

En el segundo cuadro, ya ha llegado “la hora”; estamos en ella. Y María entra en escena enseguida. Pero es una María ya de vuelta de la experiencia de “la hora” al pie de la cruz. Con su indicación a los sirvientes: “Haced lo que él os diga”, se nos presenta como la que ha llegado a la culminación del camino de su discipulado y se ha transformado en la madre del discípulo. Esta orden lleva implícitos, a un tiempo, tanto su reconocimiento de Jesús como Señor como el cumplimiento de su función de cara al discípulo: mostrarle a Jesús y conducirlo a la fe-obediencia<sup>13</sup>. Concluido el episodio, María y los parientes de Jesús, aparece integrada en el grupo de los discípulos:

<sup>12</sup> San Agustín, comentando este versículo dice: “Su madre le pide un milagro, pero él hace como que desconoce las humanas entrañas cuando va a obrar obras divinas, como si dijera: lo que en mi ser obra milagros, no lo engendraste tú; tú no engendraste mi divinidad; pero como engendraste mi debilidad te reconoceré entonces, cuando mi debilidad esté pendiente de la cruz. Este es el sentido de las palabras “todavía no ha llegado mi hora”... La reconoce en el momento en que iba a morir lo que ella dio a luz. No muere lo que dio a María el ser sino lo que fue hecho de María. No muere la eternidad de la divinidad, sino la debilidad de la carne.” (*Tract. in Johannem*, VIII, 9)

<sup>13</sup> Algunos exégetas interpretan la relación entre María y el “discípulo amado” al revés: en la cruz, María, que representa al Israel expectante, es entregada al cuidado del “discípulo amado”, que es el auténtico creyente del Nuevo Testamento, el que ya conoce los secretos de Jesús y es su auténtico testigo. Esta interpretación, que ve al discípulo como “educador” de la

“Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos (“el discípulo la acogió en su casa”), pero no se quedaron allí mucho tiempo” (v. 12). Había que evangelizar el mundo entero.

Al concluir esta contemplación, nos damos cuenta de que la intención de este cuadro de Juan no está lejos de la de Lucas cuando éste nos ofrecía juntos y en contraste los dos relatos de anuncio a Zacarías y a María, respectivamente. Pero Juan, magistralmente, salta en su díptico directamente del Antiguo Testamento al tiempo de la Iglesia. Y para que comprendamos qué ha pasado entre los dos, nos señala con el dedo “la hora” y nos muestra a una persona, María, que ha hecho todo ese largo recorrido, ese largo camino de fe hasta convertirse en provocadora de la misma, en definitiva, en madre del verdadero discípulo, el “sirviente” de la Palabra por la fe-obediencia.

### 3. CONCLUSIONES DE CARA A LA VIDA ESPIRITUAL, LA EVANGELIZACIÓN Y LA PASTORAL

#### 3.1. María “a este lado” de la vida cristiana.

La contemplación de María como “primera cristiana” y como “discípula”, nos ha proporcionado una imagen de ella más cercana a nosotros, a lo que es nuestra propia experiencia de creyentes. “A este lado” de la vida cristiana, María se nos hace maestra, compañera de camino y espejo en el que contemplarnos y comprendernos.

Fue el Vaticano II quien impulsó con fuerza esta perspectiva de acercamiento a la figura de María, al presentarla como “miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia”<sup>14</sup>, como la que “precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios”<sup>15</sup>. Se ha dicho con acierto que, con el Vaticano II, “se ha pasado de una ‘mariología de privilegio’ a una ‘mariología de anticipación’”<sup>16</sup>, abriendo el camino a una contemplación de María como la que ha recorrido el camino de la vida cristiana de forma anticipada, como la que “ha ido por delante”. Esta manera de contemplar a María, que ha sido la de esta ponencia, es muy fecunda y sugerente, pero no debe hacernos olvidar que no agota la consideración del papel de María en la Historia de la Salvación. En ésta, María no es sólo “ejemplo precursor”. Tiene un puesto singular y único en la entraña misma de los acontecimientos que generan esta Historia de la Salvación. Dicho de otro modo: si es “primera cristiana”, no lo es al mismo título que el resto de los creyentes porque, como ya dijimos antes, no es sólo beneficiaria de la Nueva Alianza sino copartícipe en su generación; si es “discípula”, no lo es al mismo título que el resto de los discípulos porque su fe en Cristo antecede al misterio mismo de la Encarnación y lo hace posible, aunque esa fe, como hemos visto, sea también una fe “en peregrinación”. María no es para nosotros una “testigo” más del Evangelio, como Pedro o Juan o cualquiera de los Doce, por ejemplo. No está sólo “a este lado” de la vida cristiana. María tiene un puesto singular en la generación misma de esa vida y la mariología no puede olvidarlo<sup>17</sup>.

---

madre, se fundamenta en la María que aparece en lo que hemos llamado primer cuadro del díptico de Caná y en que es el discípulo quien acoge a María y no al revés, en el relato de la cruz. Sin embargo, prefiero la interpretación que ve en María a la “educadora” del creyente: encaja mejor con la función de “madre” que Jesús le confiere y explica el papel que ella ejerce en el segundo cuadro del díptico de Caná como precursora de la fe de los discípulos.

<sup>14</sup> LG n. 53.

<sup>15</sup> LG n. 68.

<sup>16</sup> Esta expresión se la leí al P. Joaquín LOSADA en su artículo: *María y la Santísima Trinidad en la Teología actual*, en: AAVV, *María y la Santísima Trinidad*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1986, pp. 183-201.

<sup>17</sup> A las precisiones de este párrafo aludíamos en la nota 22, cuando decíamos que el tratamiento de María como “primera cristiana”, completamente legítimo, requería algunas cautelas para ser entendido correctamente.

### 3.2. A María, ida y vuelta.

Llegados al final de nuestra contemplación de María, hechas estas salvedades que nos ayudan a situar la perspectiva que hemos adoptado con relación a lo que debe ser una consideración global de su figura, es bueno que reflexionemos sobre el camino recorrido y saquemos algunas conclusiones que puedan servirnos para nuestra vida espiritual y nuestra misión evangelizadora. Hemos ido en busca de María hasta encontrarla: ¿qué hemos aprendido del “viaje de ida”?; volvemos de contemplarla: ¿qué nos ha dicho esta contemplación?

Creo que el camino de aproximación a María que hemos seguido, nos deja dos lecciones importantes. La primera es que sólo se accede a la comprensión de quién es ella en la Historia de la Salvación cuando no se le busca en sí misma sino en relación con lo que ha acontecido con Cristo, desde la encarnación hasta el nacimiento de la Iglesia en Pentecostés. A María nos la encontramos cuando profundizamos en lo que ha ocurrido entre Dios y el hombre desde el momento que, “llegada la plenitud de los tiempos”, aparece el Verbo encarnado, desde el momento que se inaugura lo que llamamos “Nueva Alianza”. Por lo tanto, el acceso a María como “un apartado” más del mensaje cristiano, no nos lleva a ninguna parte. La Buena Noticia que vivimos y anunciamos no es sobre el Padre, el Hijo, el Espíritu, la Iglesia, el hombre, la gracia... y “además” María. Pablo VI lo hizo ver admirablemente al insistir en que la veneración y la devoción a María deben inscribirse en la celebración del misterio cristiano y no constituir un “además”<sup>18</sup>.

La segunda lección de este camino “de ida” hacia María, es la necesidad de hacerlo guiados por la Palabra de Dios. Si el acceso a María no es bíblico, corre el peligro de generar una imagen distorsionada de ella, tanto por exceso como por defecto, fruto de extrapolaciones y proyecciones psicológicas o sociológicas. Sólo el camino bíblico nos conduce hasta María inserta en el plan de Dios y nos permite contemplarla como verdadero “lugar de revelación” de este plan, apartándonos de maximalismos y minimalismos en la consideración de su persona. De ella han hablado y hablarán “todas las generaciones”, pero no por ella misma sino “porque el Poderoso ha hecho obras grandes” en ella y por ella. Y esas “obras grandes” se nos desvelan, precisamente, a la luz de la Palabra de Dios y no de nuestras elucubraciones humanas.

De vuelta de la contemplación de María que hemos hecho aquí, venimos con dos imágenes suyas, la de “primera cristiana” y la de “discípula predilecta”, bien dibujadas por los evangelistas, que, traídas a nuestro modo de vivir y anunciar la vida cristiana, nos provocan importantes interrogantes. La imagen del cristianismo que vivimos y tratamos de dibujar en aquellos a los que lo anunciamos, ¿está impregnada realmente de la luz y del gozo de la gracia de Dios? ¿Vivimos y anunciamos realmente ese extraordinario misterio de comunión de Dios con lo humano, que llamamos “gracia”? ¿No proyectamos, quizás, una imagen voluntarista de la fe y un contenido legalista del evangelio? Mi impresión es que nuestra vida y nuestro mensaje, pretendidamente cristianos, intentan dibujar más a un Zacarías cumplidor, “justo”, que recurre a Dios para que acuda allí a donde él no llega por sí mismo, que a una María sorprendida por el impresionante mensaje: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”, y llena de gozo por la grandeza de un Dios que actúa en ella y con ella, que es capaz de hacer suyo su propio ser de mujer. Y si del seguimiento del Señor se trata, María ilumina el camino de purificación de la fe-obediencia, en el que todo discípulo debe dejarse conducir viviendo la propia misión en íntima comunión con la misión de Jesús, recorriendo el camino pascual de muerte y resurrección que él recorrió. La plena identificación de María con la total disponibilidad de Jesús a la voluntad del Padre, asumiendo las rupturas que tuvo que asumir respecto a sus propias expectativas y a la superación de su relación madre-hijo, aunque ésta y aquellas fueran fruto de su íntima relación con Dios, denuncia todas esas maneras de vivir y presentar el seguimiento del Señor como un camino de “logros”, de cumplimiento de ideales, de confirmación de lo que se espera. María nos ha enseñado que, por garantizado que esté el discernimiento de la llamada inicial y la fe-disponibilidad para corresponder a esa llamada, sea del tipo que sea dentro de la vida cristiana, el discípulo no es tal hasta que no se haga en la fidelidad, día a día, del seguimiento. También nosotros, en el seguimiento del Señor tenemos que pasar de la “relación según la carne” a la relación de fe-obediencia.

---

<sup>18</sup> Cf. *Marialis cultus*, Introducción y nn. 24-28.